

La igualada a veintiuno

por Miguel Pelay Orozco

¡Veintiuno iguales! Es el último tanto. El que va a decidir el partido...

El frontón se halla abarrotado hasta el tejadillo. Gente procedente de todos los rincones del País Vasco ha venido a presenciar esta pugna trascendental que ahora toca a su fin. La atmósfera es densa, pesada, caldeada por el humo del tabaco y las emanaciones de la multitud.

En la cancha, cuatro hombretones tumbados constituyen un testimonio fiel de la pujanza, la honradez y el alma puestas en la titánica lucha.

El juez de cancha, un anciano de rostro colorado, tocado con boina, se ha levantado un momento de la silla, con su *share* en la mano. Es parte de un plan dilatorio que conviene a todos. A la empresa, para que se crucen más apuestas, y a los espectadores, para cubrirse y tomar posiciones con vistas al dramático tanto que se va a disputar. Tal vez los únicos que no deseen este receso sean los pelotaris, pues ellos saben bien que el descanso que este paréntesis pueda reportar a sus músculos, tendrá una contrapartida desventajosa en sus nervios. Pero su opinión no cuenta...

Emoción, emoción, emoción.

En el graderío, la algarabía es frenética. Los corredores se desgañitan, sin poder atender a todas las demandas de los apostadores.

—¡Veiinte *asulé!* —proclama con insistencia una voz perturbadoramente aguda—. ¡Veinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!*

Un espectador, con el puño crispado sobre un montón de papeletas coloreadas, gesticula nervioso, abriendo y cerrando los ojos en un tic demencial. Otro, trata inútilmente de encender un puro deshilachado que ya se le ha apagado durante el partido una docena de veces. Pero la mano que sostiene la cerilla temblequea ahora irremediabilmente. Al fin, arroja iracundo la caja vacía, pero mantiene el cigarro entre los labios resecos.



—¡Veiinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!*

Se ven rostros nerviosos, congestionados, de gente que jadea y discute a voz en grito, con las venas del cuello hinchadas, a punto de reventar.

Es el último tanto. El decisivo...

Uno de los pelotaris de faja azul se ha levantado ya, dejando en la pared sobre la que se hallaba recostado, la huella húmeda de sus amplias espaldas. Es un *morrosko* alto, musculoso, lleno de energía. Se seca el sudor de la frente con la manga de la camisa y se acerca lentamente hacia la silla del juez de cancha. Toma entre sus manos la cesta de pelotas y empieza a probarlas, una a una, botándolas y lanzándolas violentamente contra el frontis.

—¡Veinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!* ¡Veinte *asulé!*...

El juez torna a su puesto. De pronto, la voz aguda de un corredor rompe el espacio con un terrible grito:

—¡Veiinte a *quintze asulé!* ¡Veinte a *quintze!* ¡Veinte a *quintze asulé!*

Es la inminencia del saque que precipita una audaz alteración en el momio.

—¡Veinte a *quintze!*

—¡Va! ¡Va!

El corredor traza unos rasgos vertiginosos en el block de apuestas y lanza papeletas a los espectadores lejanos, sirviéndose de una pelota hueca.

Emoción, emoción, emoción.

El pelotari de faja azul, después de contemplar por un momento el tanteador —operación maquinal e innecesaria de todo punto, pues el 21-21 lo tiene bien grabado en su mente—, entrega la pelota displicentemente al zaguero rival. Este la bota dos o tres veces contra el suelo y se la lleva a su compañero. Ambos charlan un momento. ¿Qué se dirán? Nadie lo sabe. El zaguero es hombre ya maduro y —cosa extraña— aparece menos cansado que los demás pelotaris. Un *vieux renard* de la cancha, que sabe dosificar su esfuerzo. Toma la pelota entre sus manos y la somete a una especie de duro masaje. Al cabo de unos minutos se dirige parsimoniosamente al juez de cancha y le pide una toalla, con la que frota la pelota de un modo energético y minucioso, para eliminar toda posibilidad de que el sebo resbale sobre el brillante piso, dificultando el resto del saque. Ahora es preciso prevenirlo todo.

—¡Veinte a *quintze!*

—¡Va! ¡Va! ¡Va!

Un hombrecillo, de aspecto humilde, propone tímidamente a su vecino de asiento:

—*Lau pesta sakien alde.* (Cuatro pesetas a favor del saque.)

Súbitamente se ha producido un silencio profundo, absoluto. Es extraño. Ahora que han cesado los gritos de los corredores y del público, la situación se ha hecho más tensa. Es el de ahora un silencio desconcertante, un silencio ominoso y enervante que angustia a pelotaris y espectadores. El público está en pie, que es como debe permanecer siempre en los momentos decisivos de todo deporte que se precie.

El delantero azul, después de desprenderse con un violento tirón, del esparadrapo protector de su mano derecha —ya no hay que proteger nada, sino darle duro y *gozando* bien la pelota— inicia la *abiadura* a la altura del cuadro seis. Se va pasando la pelota hábilmente, de mano en mano, mientras corre a toda velocidad. Al llegar al cuadro tres, imprime a la pelota un bote muy sesgado y, volcando toda su alma en la jugada, lanza el último saque del partido.

Cartas al Director

Un amable comunicante ha tenido a bien dirigírsenos en una atenta cartita, interesando conocer la procedencia o motivo de la letrilla de un muy celebrado *zortziko*, del que una de sus estrofas viene a decir:

*Donostiako iru damatxo
Errenderiyan dendari
Josten ederki dakite bañan
Ardua edaten obeki.*

Brindamos este tema a quien, explicándolo, quiera colaborar en nuestra Revista, para que en nuestro número del año venidero podamos, Dios mediante, satisfacer la curiosidad de la o del referido amable comunicante, a la vez que nuestro posible colaborador pueda sentir, asimismo, la gran satisfacción que produce ver impresa su aportación al acervo literario común renteriano que deseáramos fuese nuestra Revista. A animarse, pues, queridos convecinos, que . . . por algo se empieza.